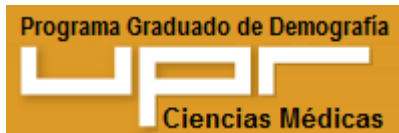


La Dinámica Poblacional y el Futuro de Puerto Rico

José L. Vázquez



Hace más de dos siglos cuando Puerto Rico contaba con sólo 45,000 habitantes Fray Iñigo Abbad y La Sierra nos decía que la isla estaba habitada como una colmena de abejas. ¿Cómo describiría Abbad la situación actual cuando más de 2,900,000 personas se apretujan en unas 3,420 millas cuadradas de territorio? Esto sin considerar el millón y medio de puertorriqueños de primera y segunda generación que viven en los Estados Unidos.

En un país de limitados recursos naturales, donde una gran proporción de la tierra no es cultivable tanto por razones naturales así como por el abuso, el descuido y la irresponsabilidad en su uso, hoy día tratan de convivir alrededor de 830 personas por cada milla cuadrada de territorio. Y al ritmo actual de crecimiento para fines de siglo se sobrepasaría la cifra de los cuatro millones lo que resultaría en una densidad de más de 1,200 personas por milla cuadrada de superficie.

¿Cómo se ha llegado a tan crítica situación? Todo comienza con los albores del siglo XX. Durante los cuatro siglos de dominación española la población creció lentamente en gran parte debido a la inmigración de colonos y a la trata de esclavos. Para fines del siglo XX la población era de poco menos de un millón de habitantes. Ya para 1942 le población había aumentado a dos millones de habitantes o sea se habrá duplicado en sólo 43 años. Y de no haber sido por la emigración masiva en 1960 se hubiese rebasado la cifra de los tres millones y en 1970 hubiese habido más de 4 millones de habitantes.

En otras palabras la explosión poblacional que empieza a crear serias dificultades en los países subdesarrollados de Asia, Africa y América Latina luego de finalizada la Segunda Guerra Mundial se inicia en Puerto Rico mucho más temprano o sea durante la primeras décadas del siglo.

JOSE L. VAZQUEZ ocupa el cargo de Catedrático Asociado, Escuela de Salud Pública, Recinto de Ciencias Médicas, Universidad de Puerto Rico, Rio Piedras.

Esto se debió al extraordinario descenso en la mortalidad mientras la natalidad permanecía más o menos estacionaria. Así en sólo cincuenta años, entre 1900 y 1950, la tasa de mortalidad se redujo de 35 a 10 muertes por cada 1,000 habitantes mientras el promedio de vida aumentaba de 33 a 61 años. Como resultado del descenso en la mortalidad mientras la natalidad se mantenía más o menos inalterada, el crecimiento de la población se aceleró en forma extraordinaria.

Desde el 1950 han ocurrido algunos cambios en los factores que determinan el crecimiento de la población (natalidad, mortalidad y migración). La mortalidad que como señaláramos había descendido de forma vertiginosa entre 1900 y 1950 ha sufrido muy poco cambio desde entonces y se ha mantenido estacionaria a partir de 1960. La expectativa de vida del puertorriqueño es en la actualidad de alrededor de 72 años, cifra similar a la de los países escandinavos, los países más adelantados en el control de la mortalidad.

Por otro lado la natalidad bajó de 40 a 32 nacimientos por cada 1,000 habitantes entre 1950 y 1960 en gran parte debido al éxodo de Puertorriqueños a los Estados Unidos. En primer lugar los migrantes son como promedio personas en las edades de alta reproducción biológica. En segundo lugar la emigración por ser predominantemente masculina ha causado un crítico desbalance entre los sexos especialmente en las edades casaderas y ha limitado de forma significativa las probabilidades de contraer matrimonio entre la población femenina. Según los datos de los censos mientras la proporción de varones casados aumentó entre 1950 y 1960 el por ciento de mujeres casadas disminuyó. Y por último, como consecuencia de la emigración la proporción de mujeres casadas con esposo presente disminuyó significativamente durante esa década. En suma, la migración redujo considerablemente la proporción de mujeres expuestas al riesgo de procrear y de aquí gran parte de la reducción en la tasa de natalidad.

La disminución en la natalidad continuó durante la última década cuando bajó de 32 a 25 nacimientos por cada 1,000 habitantes. La evidencia estadística demuestra que ha sido la utilización de pastilla contraceptiva la causa fundamental del descenso reciente en la natalidad.

Simultáneamente con el descenso en la natalidad ocurre en Puerto Rico uno de los mayores éxodos humanos que registra la historia del siglo XX. En la actualidad residen en los Estados Unidos más de 800,000 migrantes puertorriqueños y 600,000 hijos de migrantes que hubiesen nacido aquí de sus padres no haber emigrado.

Como resultado del entreluzo de estos tres factores la población creció muy poco durante la década del cincuenta. Sin embargo durante el sesenta la tasa de crecimiento volvió a subir a 1.5 por ciento por año. Desde 1970 y debido a la inmigración de norteamericanos y extranjeros la población ha crecido a razón de más de 2.5 por año.

Aunque admitimos que la cuestión poblacional no es la única causa de todos los graves problemas que aquejan a Puerto Rico lo cierto es que los cambios demográficos afectan toda la estructura y la dinámica de nuestra sociedad. El rápido crecimiento de la población se traduce en una avalancha anual de niños que no producen y para quienes la sociedad tiene que hacer grandes inversiones sociales y económicas. Esto significa para el estado entre otras cosas, más escuelas, más facilidades médicas y hospitalarias y más servicios sociales. Y para la población que trabaja esto representa el tener que compartir con muchas más "bocas" los limitados ingresos.

Cuando estos contingentes de jóvenes alcanzan la edad del trabajo la sociedad debe proveerles adecuadas fuentes de ingreso. A pesar de todos los esfuerzos realizados por nuestro gobierno y de un frenético proceso de industrialización las oportunidades de empleo para nuestra gente aún son escasas. Nuestros jóvenes mucho más instruidos que sus padres y abuelos, cosa que supuestamente les abriría las puertas al éxito, se confrontan con la triste realidad de que no existen suficientes empleos y que muchos de los que hay no están a tono con las expectativas y aspiraciones que esa mayor instrucción ha creado en ellos. Esta debe ser una de las más grandes frustraciones de nuestra juventud. Y muchos jóvenes prefieren engrosar las filas de la ociosidad a tener que aceptar un empleo que no está de acuerdo con sus aspiraciones y expectativas.

Los datos del Departamento del Trabajo de Puerto Rico demuestran que el desempleo, con pequeñas alzas y bajas, se ha mantenido alrededor de un 12 por ciento desde hace años. Para los jóvenes de 15 a 24 años el desempleo sobrepasa la cifra del 20 por ciento. Simultáneamente con el proceso de industrialización la ociosidad voluntaria ha aumentado en forma progresiva en Puerto Rico. En base a los datos obtenidos de los Anuarios Demográficos de las Naciones Unidas y de otros trabajos, Puerto Rico se destaca como el país de mayor ociosidad en el mundo.

El ingreso del Puertorriqueño es aún muy bajo al compararse con otros ciudadanos norteamericanos. Según el censo de 1970 alrededor de un 65 por ciento de nuestra población vivía en condiciones de pobreza. En el presente el ingreso per cápita de Mississippi, el estado más pobre de los Estados Unidos, es 81 por ciento más alto que el de Puerto Rico; en 1940 era 80 por ciento más alto.¹ Así es que a pesar de todo este crecimiento económico no hemos podido reducir la brecha de ingreso entre Puerto Rico y el estado más pobre de los Estados Unidos que era una de las metas económicas que se fijaron nuestros líderes políticos allá para la década del cuarenta. Y como si esto fuera poco los datos que presentan los censos y el Departamento del Trabajo demuestran inequívocamente que la

¹ U.S. Department of Commerce, *Statistical Abstract of the United States*, 1971, pág. 314 y Junta de Planificación de Puerto Rico, *Estadísticas Socio-económicas de Puerto Rico*, 1973.

distribución del ingreso ha empeorado desde que se inició el programa de industrialización. El crecimiento económico que ha experimentado Puerto Rico no sólo nos ha dejado igual de pobres al compararnos con otros ciudadanos norteamericanos sino que ha beneficiado mucho más a las clases privilegiadas que a las clases pobres. Y así los pobres con menos ingreso tienen que compartirlo con más bocas porque tienen más hijos.

Ante esta situación de inadecuados niveles de ingreso y de falta de oportunidades de empleo miles de compatriotas se ven forzados a emigrar a los Estados Unidos todos los años. La emigración no es una bendición para Puerto Rico como dicen algunos. Debe mirarse como lo que es, como un claro síntoma de la crítica situación socioeconómica que padecemos.

Y mientras miles de puertorriqueños se ven forzados a emigrar cientos y cientos de norteamericanos y extranjeros llegan a nuestro país año tras año. Nos preocupa esta inmigración sólo por el hecho de que el desarrollo económico y el frenético programa de industrialización que idearon nuestros líderes políticos supuestamente iba encaminado a resolver los problemas de los puertorriqueños y no a beneficiar a grupos de norteamericanos y extranjeros. Indudablemente hubo y hay algo malo en todo este proceso de planificación. Una de las variables que no se consideró sería y científicamente fue el factor demográfico.

Estos son algunos de los serios problemas que padece Puerto Rico y que tienen profundas raíces demográficas. Todos están relacionados de una forma u otra con el rápido crecimiento de nuestra población.

Pero existe en nuestra isla otro muy serio problema al cual le hemos dado hasta el día de hoy muy poca consideración. Me refiero al problema de la distribución de la población. Hasta 1940, más o menos, la población estaba bastante bien distribuida a través de todo el territorio de la isla. Es muy probable que el tipo de organización económica prevaeciente fuese la responsable de aquella situación. A partir de 1940, pero con mayor énfasis desde 1950, el supuesto desarrollo económico y los programas de industrialización han sido promovidos de forma muy desigual a través de la isla. No hay duda de que hay razones válidas para que esto haya ocurrido, pero también en muchas ocasiones hemos ignorado las consecuencias de este tratamiento desigual y hemos optado por el camino más fácil.

Como resultado de estas acciones económicas hemos creado dos Puerto Ricos: el Area Metropolitana de San Juan y el resto de la isla. La brecha en cuanto a niveles de vida y oportunidades de empleo entre estos dos Puerto Ricos se ha ensanchado de forma extraordinaria al pasar el tiempo. Otro tanto ocurre entre los habitantes de la zona rural y de la zona urbana. Bastaría con mencionar unos pocos datos para ilustrar esta situación.

En 1970 el 46 por ciento de los habitantes del Area Metropolitana de San Juan vivía en condiciones de pobreza. Para Caguas había un 55 por ciento y en Ponce y Mayaguez ascendía a 62 por ciento. Para el resto de la isla esta proporción ascendía a 75 por ciento. En otras palabras fuera

del Area Metropolitana de San Juan tres de cada cuatro personas vivían bajo condiciones de pobreza.

Entre la zona urbana y la rural las diferencias son aún más marcadas ya que más del 80 por ciento de las personas residentes de la zona rural fueron consideradas como viviendo en condiciones de pobreza en el censo de 1970. En Maricao y Morovis más del 90 por ciento de la gente vive en esa situación económica.

Otro tanto ocurre en términos de oportunidades de empleo, servicios de salud, condiciones de vivienda, facilidades educativas y recreativas, etc.

El efecto de estas desigualdades socioeconómicas, que se han acentuado como consecuencia del proceso de industrialización indiscriminado, sobre la distribución geográfica de la población han sido notables. Durante las tres últimas décadas los municipios del centro y del oeste de la isla han sufrido de una corriente masiva de emigración mientras el Area Metropolitana de San Juan y los municipios circundantes crecen de forma vertiginosa. Entre 1940 y 1970 la población del Area Metropolitana de San Juan creció en un 152 por ciento mientras la población del resto de la isla crecía en sólo un 17 por ciento. En estos momentos uno de cada tres habitantes de Puerto Rico vive en el Area Metropolitana de San Juan.

Simultáneamente el éxodo rural urbano se ha acentuado considerablemente. Durante las tres últimas décadas la población urbana creció en un 180 por ciento mientras la población rural se redujo en 13 por ciento. Hoy en día casi el cuarenta por ciento de nuestra población vive en ciudades de más de 50,000 habitantes; en 1920 sólo vivía el 5 por ciento.

Los efectos nocivos a la convivencia humana de este crecimiento de tipo canceroso del Area Metropolitana de San Juan no pueden ser exagerados. Los problemas de transportación urbana, de vivienda, de servicios de salud, de hacinamiento y de contaminación, de crimen y delincuencia, etc. parecen no tener solución alguna. La vida en nuestras ciudades especialmente en el Area Metropolitana de San Juan es simplemente insoportable y en nuestras relaciones humanas (supuestamente) impera hoy por hoy la ley de la selva.

¿Qué nos depara el futuro? O mejor dicho ¿qué le vamos a legar a nuestros hijos y nietos? porque el futuro de la mayoría de los que estamos aquí ya está prácticamente sellado. Se ha dicho que el puertorriqueño vive en el tiempo presente y que muy poco le importa el futuro. Lo cierto es que muchas de nuestras actuaciones como pueblo tienden a confirmar esta tesis.

Lo que nos espera en el futuro habrá de depender de lo que estemos dispuestos a hacer, y hagamos ahora, pensando más en las consecuencias de largo alcance de nuestras actuaciones que en las ventajas políticas electoreras de corto plazo. Si nos enfrentamos a nuestros problemas con valentía y con decisión utilizando como brújula los conocimientos científicos que poseemos yo no tengo la menor duda de que saldremos más

o menos bien de este atolladero. Si por el contrario pensamos más en las ventajas y desventajas politiqueras de una acción científica pero controversial o antipática entonces sólo visualizamos nubarrones de tormenta.

Desde el punto de vista demográfico tenemos ante nosotros dos problemas que atacar; el rápido crecimiento de la población y la sesgada distribución geográfica de ésta. El primero de estos problemas requiere el que hagamos toda clase de esfuerzos por reducir nuestra aún alta natalidad a través de la planificación familiar y de otros métodos. Es necesario que la mujer de la clase pobre procreé menos hijos no con el fin egoísta de que hayan menos pobres que amenacen nuestras posiciones socio-económicas privilegiadas, sino con el propósito deliverado de ayudar a romper el círculo vicioso de la pobreza y acabar con ella.

Tenemos que detener el crecimiento desorbitado de las ciudades y de las metrópolis. Es necesario disminuir la emigración y el despoblamiento de las áreas rurales y de los pequeños pueblos del centro de la isla. Esto es un problema mucho más difícil de resolver que el de tratar de limitar el crecimiento de la población. Para ello se requiere de la utilización científica de todos nuestros conocimientos de ingenio y de determinación.

Nuestro objetivo fundamental y único, el que debe orientar todas nuestras actuaciones, debe ser el logro de una sociedad donde todo ser humano tenga verdadero acceso al disfrute de una vida plena tanto en el orden material como en el intelectual y espiritual.